

Un perfil americano

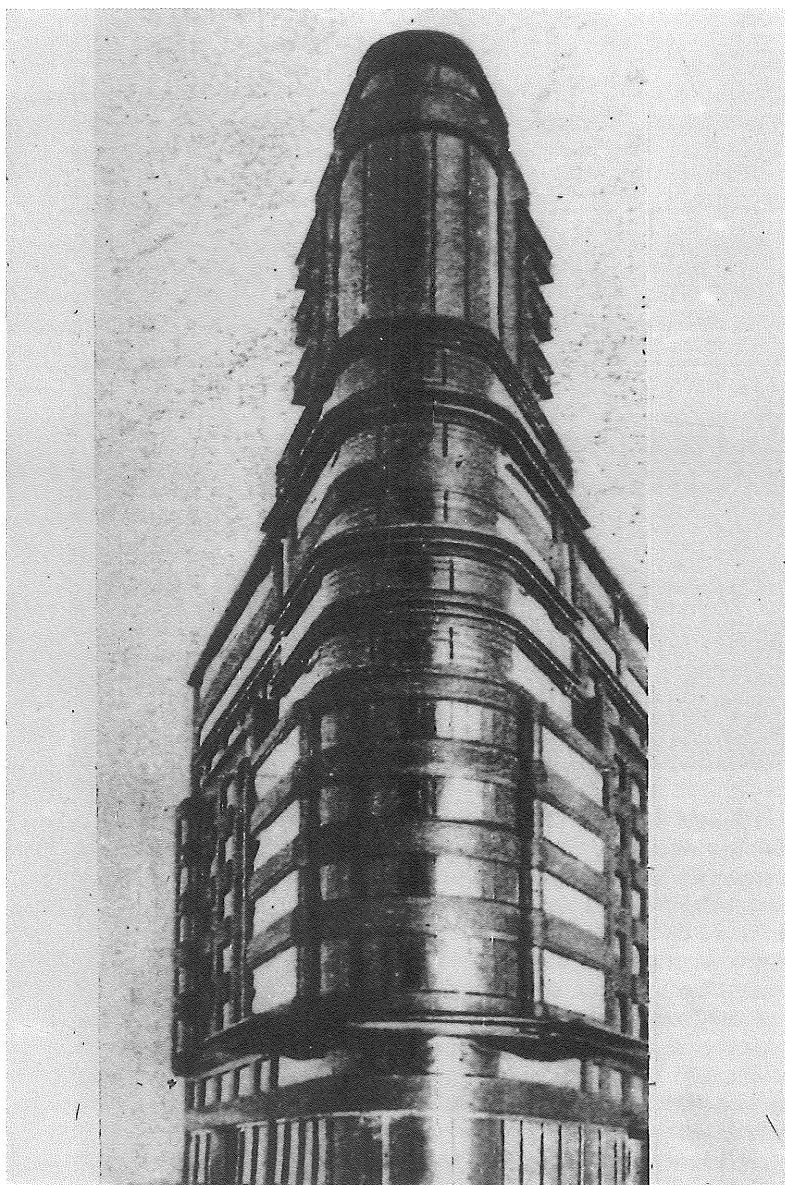
Las alturas de Madrid

Antón Capitel

Madrid tiene edificios singulares en altura, imitando a las ciudades americanas, desde que la apertura de la Gran Vía lo hizo posible. En ella se instalarán la Telefónica, el Palacio de la Prensa, el Capitol, y, más tarde, el edificio España y la Torre de Madrid. Cerca, la reforma de la calle de Alcalá insinuará también, con más timidez, un cierto perfil americano.

Estos edificios madrileños en altura, contruidos en hormigón armado, siguen el modelo americano de rascacielos historicista en tanto que para éste se procuraba una inserción muy urbana de su volumen. Me explico: se insertan en la ciudad como una pieza más que, debido a su tamaño, adquiere especiales obligaciones. En el caso de la Telefónica, de Ignacio Cárdenas y un arquitecto americano, el edificio se incorpora valorando el frente de la calle con su volumen, atendiendo a la escala de aquélla mediante la portada, y a la ciudad en general por sus valores de silueta y de relación con el conjunto. En el caso del Palacio de la Prensa, de Pedro Muguruza, o del Capitol, de Feduchi y Eced, aparecen comportamientos muy afines a pesar de la separación estilística que hay entre ellos: tanto uno como otro edificio se ofrecen como torre hacia el punto principal del terreno —la plaza— desarrollándose el resto de la edificación de menor altura como un edificio más de la calle. El caso del Edificio España, que quiere seguir la lección de la Telefónica, y el de la Torre de Madrid, ambos de los hermanos Otamendi, son ejemplos tardíos, fracasados no tanto por seguir las mismas intenciones como por resolver con mediocridad el importantísimo problema de silueta que desde tantos puntos de vista se producía.

Frente a la *domesticación* realizada en la Gran Vía, la plaza de España enseñaba las garras del gigante. Con sus rascacielos de posguerra, Madrid pasa a mostrar la brutalidad de la metrópoli moderna en un ejemplo único en el que un



1



2



3

palacio real barroco —el mejor de la arquitectura occidental— podía ser fotografiado al lado o delante de un rascacielos. Y hay que reconocer que, en este aspecto, y en paradoja aparente, el hecho del *collage* alcanza mayor interés.

Vanguardia española

La idea de superposición brutal —la idea de *collage*, si se prefiere— define la naturaleza misma de las ciudades metropolitanas y forma parte del ingrediente principal de los edificios en altura. En Madrid se siguió practicando, sin embargo, el intento de suavizar la presencia del gigante por medio de la integración de su forma y su silueta, y en vista de su posición urbana. Tal es el caso, por ejemplo, del edificio de viviendas en forma de torre que, situado en la avenida de América, sirve de fondo a las calles Abascal y María de Molina, obra de Ignacio y Gonzalo Cárdenas, y del edificio de viviendas, también parcialmente en forma de torre, en María de Molina esquina a Castellana, de Gutiérrez Soto, que define con brillantez uno de los quiebros del paseo. Sin seguir la tradición madrileña por ser obligadamente un edificio exento, ha de citarse el edificio de la Unión y el Fénix, también de Gutiérrez Soto, única de las torres de la Castellana que se ha planteado su visión como edificio singular en sus valores de silueta y de hito, siguiendo también evidentes lecciones neoyorquinas. Su servidumbre respecto de la época heroica americana lo colocó en una posición de vanguardia que tardaría tiempo en ser comprendida.

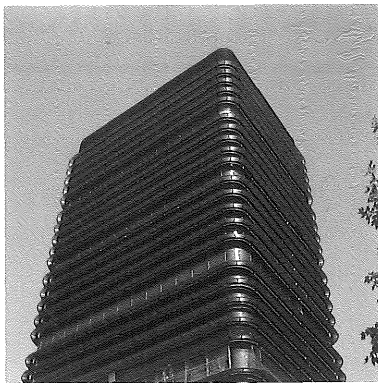
Así pues, los vanguardistas españoles de los sesenta, sin participar de ninguna de esas tradiciones, iban por otros caminos que en Madrid quedarían consumados con éxito. La idea del rascacielos moderno —en una versión *orgánica* que sintetiza asimismo valores *corbuserianos*— será brillantemente expuesta en el edificio Torres Blancas, de Sáenz de Oiza, con sus entonces ayudantes Fullaondo y Moneo. In-



4



5



6

cólume respecto al lugar, y obtenida desde sus propias razones internas, la torre se impone por su acusado y brillante *plasticismo*, mejorando por medio del *collage* un lugar con escasas cualidades. Años después, Sáenz de Oíza consumaba la idea de torre orgánica en un edificio de apariencia completamente distinta, el Banco de Bilbao, ligado asimismo a sus propias razones internas (la solución de una estructura de forma *arbórea* y adecuada a su tamaño), y despreocupado en cierto modo de valores de silueta y gran escala, aunque con una pregnante y elegante presencia.

Americanos en Madrid

Mientras se escribía lentamente la aventura orgánica, la experiencia de la torre moderna había intervenido algo en la transformación de la Castellana y en su prolongación, pero generalmente con escasa fortuna. La idea de los rascacielos *corbuse-rianos*,—si no es en lo que Torres Blancas pueda aludirla— o de los

miesianos, está prácticamente ausente, y los tiempos *posmodernos* aún no se han estrenado en este aspecto. En el centro de Azca se realizó también el correcto ejercicio del Edificio Windsor, de Alas y Casariego, y sólo ahora se ha construido la tardía propuesta de Yamasaki.

Pero es esta última cuestión la que nos avisa de que Madrid parece destinada a que la próxima historia de las torres de la ciudad la escriban, entre otras cosas y de forma mediocre, arquitectos extranjeros. El madrileño Genaro Alas ha pasado de proyectar y construir el Windsor a dirigir la obra de la torre de su colega japonés-americano, proyectista en este caso de un edificio en el que los parciales aciertos de los World Trade Center neoyorquinos han desaparecido —como ya puede verse— y si algo queda será sin duda cosa de la construcción. El remate de Azca es así de mediocre, y muy lejos están ya los tiempos de las «virtudes privadas» que propiciaron la existencia de Bankuniñón o

del Banco de Bilbao. Y eso que el nuevo capitalismo operó con lógica: ¿quién mejor para hacer un rascacielos que el arquitecto de los Trade? Pero ya vemos que no. Es como si cuando se busca un arquitecto de nombre para conseguir con ese disfraz la defensa única del volumen construido, las solapadas intenciones de la operación fueran incapaces de ocultarse, enseñando su verdadera y torpe cara.

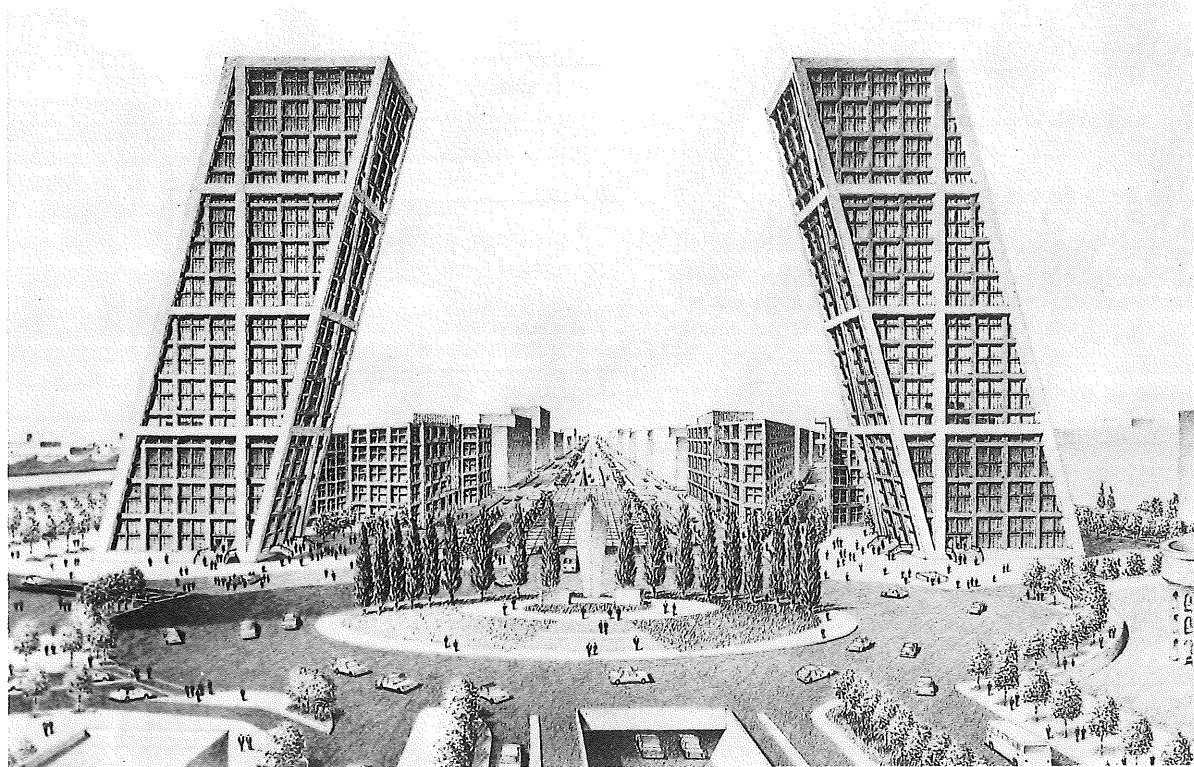
El novísimo capitalismo —los solares de KIO en la plaza de Castilla— confirma por completo que se trata de harina de parecido costal que Río Tinto. Claramente, lo que en este caso se pretende es conseguir volumen construido, y para ello se acude al mismo medio: buscar, aparentemente, al mejor arquitecto para que garantice la operación. Y ¿quién es el mejor en estos tiempos que Burgee, de la firma Johnson & Burgee, que han construido en Norteamérica tantos rascacielos *post*, esto es, atentos de nuevo al problema de la pregnancia, la silueta y la

- 1 Feduchi y Eced, el Capitol.
- 2 Ignacio Cárdenas, sede de Telefónica en la Gran Vía.
- 3 Gutiérrez Soto, sede de La Unión y el Fénix.
- 4 Gutiérrez Soto, edificio en la calle María de Molina.
- 5 Sáenz de Oíza, Torres Blancas.
- 6 Sáenz de Oíza, Banco de Bilbao.
- 7 Johnson y Burgee, proyecto para la plaza de Castilla.

ciudad, que, como hemos visto, estaba en la propia tradición madrileña? En apariencia, estaríamos en la mejor de las decisiones.

Pero he aquí que un prematuro dibujo aparecido en el diario *El País* muestra que también en este caso el verdadero rostro de la operación deviene forma, siendo la arquitectura incapaz de disfrazarlo. Deberíamos haberlo esperado, pues si algunos de los primeros rascacielos de Johnson y Burgee han sido refrescantes —recordando al menos las obligaciones formales de un gigante— y alguno de ellos hasta bueno, la producción última del estudio —ya sin duda con Johnson demasiado anciano para intervenir con su cualidad de Peter Pan— puede calificarse de desastrosa, como se comprueba en las publicaciones.

El problema de la plaza de Castilla, al menos en cuanto a la arquitectura de las pequeñas torres que precisa, es bien sencillo, y se puede resolver con torres simétricas o no, y en bien diferentes modos. En la ciudad trabajan muchos arquitectos capaces de resolverlo brillantemente y sin merma alguna del interés comercial y práctico, y hasta hay bastantes que pueden entenderse como *marca* de garantía, como *fachada* prestigiosa que oponer a la contestación. Pues Burgee es una *marca* que «no cumple»: su ingenua propuesta es indigna, no ya de él, sino del lugar y de la cultura de la ciudad. La desfachatez de su dibujo —más aún cuando es apresurado y primerizo— muestra bien a las claras la infinita torpeza y desconocimiento de algunas firmas mundialmente famosas frente a tantos arquitectos nacionales, incluso tantos apenas conocidos localmente, y enseña sobre todo el futuro de Madrid. Por el Norte —por Europa, dicen— toda la virtud, pública o privada, ha desaparecido. Mucho me temo que anuncie el porvenir. Por el Sur, el trozo inaugurado de la estación de Atocha, de Rafael Moneo, muestra todavía las «virtudes públicas.» ¿Serán las últimas?



7